



EL SACERDOCIO DEL JESUITA EN EL FUTURO

Victor Codina

Si hay algo difícil y riesgoso es intentar prever el futuro cuando de historia humana se trata. Sin embargo es para ese futuro para el que hay que prepararse y preparar a los que nos siguen. El P. Codina presentó esta sugerente ponencia en la reunión europea de Formadores jesuitas, tenida en septiembre de 1980. Está tomada de MANRESA, Enero-Marzo, 1981.

El tema de esta exposición que me ha sido confiada, tiene el riesgo de convertirse o bien en ciencia ficción o en una larga y erudita disertación. Intentaré evitar estos riesgos buscando un término medio: exponer de forma breve y sintética los rasgos más salientes de este futuro eclesial cuyos signos pronósticos están ya entre nosotros, y su relación con la formación de los sj. Quisiera hacerlo siguiendo aquel método que Nadal compendia en las tres palabras: spiritu, corde, practice.

I. Videtur quod non

En primer lugar uno puede preguntarse si vale la pena el cuestionar el sacerdocio de los sj en el futuro. Para cierto número de sj videtur quod non: la SI es una orden sacerdotal, formamos parte del grupo de clérigos regulares, S. Ignacio fue un gran sacerdote y un gran místico de la misa, la SI ha ofre-

cido a la Iglesia modelos de vida sacerdotal y ha colaborado eficazmente a la formación y santificación del clero (seminarios, dando EE y retiros al clero, dirección espiritual de sacerdotes, etc). En un momento en que la Iglesia se cuestiona el sentido del sacerdocio, del celibato sacerdotal, parece que lo que la SI ha de hacer es reforzar, hacer coherente la imagen del sacerdote célibe, colaborar a la formación de un clero bien sólido y espiritual, e incluso sería una función nueva pero necesaria de la SI el colaborar con la Iglesia local asumiendo parroquias ante la creciente escasez de clero diocesano. Parecería pues que el sacerdocio del SI del futuro tendría que ser más o menos el de siempre y tendría que consistir en reforzar las líneas tradicionales de lo que ha sido hasta ahora.

Pero esta visión se sitúa dentro de una concepción demasiado esencialista y que tiende a igualar el clero diocesano y el regular, nivelándolos en sus problemas y tareas: se habla de crisis del sacerdocio por igual, se habla de crisis de vocaciones y de crisis del celibato, como si ambas crisis fuesen iguales para los diocesanos y para los religiosos sacerdotes. Se habla positivamente del mutuo influjo que ha hecho que el clero diocesano haya ido asumiendo elementos de la vida monástica y religiosa (vg. celibato, oficio divino, etc.) y que la vida religiosa se haya ido lentamente clericalizando.

Pero tanto la actual situación del sacerdocio como la de la vida religiosa obligan a reflexionar críticamente sobre todo ello, y obligan a profundizar tanto en la teología del ministerio como en el de la vida religiosa. Todo ello tiene consecuencias en el modo de enfocar el sacerdocio de los jesuitas en el futuro.

II. Teología del ministerio

Asistimos al rompimiento de una imagen de sacerdocio que se había mantenido desde el año mil hasta el Vaticano II, y que actualmente ha entrado en crisis, aunque no se quiera reconocer y, más aún, se pretenda apuntalarla autoritativamente desde esferas jerárquicas y oficiales. Pero la crisis es cla-

ra: creciente disminución de nuevas vocaciones, continuos abandonos del ministerio por parte de gente madura, y muchas veces de los que más se esperaba, malestar en muchos de los que permanecen fieles al ministerio.

Recientes polémicas prueban a las claras la situación difícil en la que nos encontramos. La visión del sacerdocio que ha prevalecido en el segundo milenio ha sido más privada que eclesial, más semejante a la visión del sacerdocio judío que a la del NT, más sacral que sacramental, más ligada a la sacra potestas y al carácter (que permite consagrar y perdonar los pecados) que al cuerpo eclesial del Señor, más próxima al feudalismo y al derecho romano que a los primeros siglos de la iglesia (en los que se prohibían como inválidas las "ordinationes absolutae" y el ministro estaba estrechamente vinculado a la comunidad local).

Será necesario recuperar las dimensiones eclesiales y pneumáticas del ministerio, recuperar la importancia del ministerio de la palabra tan subrayado en el NT, recuperar un sentido más funcional (que no se contrapone a sacramental sino que lo incluye) que no ligue el ministerio necesariamente a un estado de vida perpetuo ni lo segregue del mundo humano (vg. en el trabajo, economía, sexualidad, actividad social...)

Todas las líneas de la teología actual sobre el ministerio convergen hacia un ministerio mucho más pluralista en tareas, situaciones personales (celibato o matrimonio), sexo (hombre o mujer), compromisos (temporal o perpetuo), y en una mayor participación activa de la comunidad en la elección, formación y renovación de los ministros.

Que toda esta teología esté más en los libros que en la realidad, no impide el que se deba tener en cuenta, tanto más que el derecho de la comunidad a un pastor es primario y apostólico, frente a otras leyes eclesiásticas e históricas. La grave situación eclesial actual (en el mundo entero 44.157 parroquias sin sacerdote residente y las pirámides de edades cada vez más invertidas), obligará a tomar decisiones. Por otra parte crece hoy una oleada de movimientos laicales y feministas que no podrá ser frenado a base de decretos autori-

tarios.

III. Teología de la vida religiosa

También asistimos al rompimiento de una cierta imagen de VR, por más que no se quiera reconocer y se intente autoritativamente restaurarla. El modelo de VR que se inició o restauró después de la revolución francesa ha entrado en crisis. Es un tipo de VR fuertemente institucionalizado, centralizado en el gobierno, conservador frente a la sociedad civil y frente a la gran iglesia. Es un estilo decimonónico de VR, que intentaba restaurar el modelo social y eclesial anterior a la revolución francesa (l'ancien régime), unión entre trono y altar, iglesia sociedad perfecta, que rivaliza con el estado a través de sus instituciones.

Esta imagen vigente hasta el Vaticano II ha entrado en crisis, una de cuyas señales más claras es la falta de vocaciones y la imposibilidad incluso económica de mantener las instituciones religiosas que hasta ahora se habían llevado. Frente a ella, surge una imagen nueva que intenta recuperar la dimensión profética de la VR, típica de todos sus momentos más carismáticos, una forma actualizada del seguimiento de Jesús que denuncie todo cuanto hay de antievangélico en la sociedad y en la iglesia, y anuncie la dimensión siempre urgente del Reino. Esta nueva imagen no quiere dejarse domesticar o asimilar ni por la sociedad ni por la gran iglesia; cuando la VR se integra de tal modo en la sociedad o en la iglesia que se convierte en una pieza más del sistema (útil, sustitutiva, no peligrosa) la VR deja de tener sentido y comienza una fuerte crisis de identidad, que no es crisis de crecimiento sino de sentido. Aquí nos hallamos no sólo ante nuevas teologías de la VR, sino ante realidades tanto en Europa como en A. Latina y países de misión: inserción de los religiosos en grupos marginales, mundo obrero, sectores periféricos, clases oprimidas, razas humilladas, etc. Se trata de un retorno a las fuentes carismáticas y evangélicas de la VR, pues a lo largo de la historia la vida religiosa siempre ha aparecido en los momentos de crisis y cambios socio-eclesiales, y siempre en los grupos más periféricos y marginales del pueblo. Este retorno es la única forma de superar la cri-

sis de identidad, fruto de una acomodación "mundana" a la historia contemporánea.

IV. *La Compañía de Jesús*

La SI no puede situarse al margen de estas crisis y renovaciones; Ignacio, aunque era deudor de una eclesiología de su tiempo e hizo de la SI una orden sacerdotal, sin embargo ni su trayectoria personal (muy diferente de la de Domingo, Felipe de Neri o Cayetano) ni su intuición profética y apostólica hicieron de la SI una simple comunidad de sacerdotes honestos y piadosos. Ignacio no hizo jamás del sacerdocio el principio unificador y estructurador de su orden, sino la misión: tanto el 4° voto al Papa circa misiones, como su concepción de los profesos y de los grados son signos que indican cuál es la concepción de Ignacio. Y todos sabemos con qué valentía Ignacio defendió su intuición apostólica frente a muchos contemporáneos que no le comprendieron y concretamente frente al Papa Paulo IV, que por ser cofundador de los teatinos hubiera querido una fusión de las dos congregaciones.

A esta misión apostólica se ordenan la formación, la oración, la pobreza, los ministerios apostólicos, los grados, las casas, los estudios, en fin toda la estructura del cuerpo universal de la SI. La SI es una orden apostólica, misionera, móvil y disponible, al servicio de las urgencias mayores de la iglesia y de la sociedad. El "ad maiorem Dei gloriam" significa precisamente esta tensión escatológica hacia el magis del servicio del Señor en la iglesia. Todas las grandes hazañas de la SI en su historia, todos sus santos, canonizados o no, han sido estos grandes misioneros, seguidores de Jesús en su vida pobre y humilde, los grandes profetas de una iglesia y una sociedad que siempre tienen tentación de replegarse sobre sí mismas. Y al revés, las crisis de la SI han nacido de una acomodación al espíritu mundano de una época, o a las exigencias inmediatistas de una iglesia ya establecida que tiende a buscar siempre lo momentáneamente útil y la suplencia más urgente, en vez de querer buscar remedios radicales a los males de una época.

Concretamente el encargo de Pablo VI conferido a la SI sobre el ateísmo en la Congregación General 31, y la opción

de la C. General 32 sobre el servicio a la fe y la promoción de la justicia, me parecen una llamada a recuperar las dimensiones más misioneras, apostólicas y proféticas de la SI. Y si esto afecta a toda la SI, también debe afectar al ministerio sacerdotal de la SI. Del que la SI se tome en serio esta opción o no, dependerá el futuro profético de la SI en los próximos años.

V. Consecuencias

El ministerio sacerdotal de la SI debería recuperar no sólo la dimensión comunitaria y pneumática que hoy parece exigirse a todo ministro en el umbral del año 2000, sino que dentro de este horizonte la SI como orden religiosa apostólica deberá vivirlo desde un ángulo peculiar, el de la fe y la justicia. El sacerdote sj no deberá ser el hombre de la comunidad eclesial, sino el hombre de la solidaridad humana, no sólo el hombre de la iglesia sino también el hombre del Reino, no sólo el predicador de la palabra sino también el profeta de la justicia, no sólo el hombre sensible al mundo sino especialmente al mundo de los pobres, no sólo evangelizador de la cultura, sino sensible a los que no poseen cultura reconocida ni escuchada, no sólo el defensor de la fe sino también el promotor de la praxis evangélica, no sólo preocupado del ateísmo teórico sino sobre todo de los que por oprimir a sus hermanos niegan en la práctica la imagen del Dios verdadero. Desde aquí habría que recuperar y resituar la experiencia espiritual, la teología, la catequesis, la pastoral, las instituciones, las opciones prioritarias, etc.

Más que imponer a la iglesia un modelo único de ministerio -el clásico- deberíamos esforzarnos y luchar por que apareciesen formas más pluralistas de ministerios, aunque todas ellas deberían tener una sensibilidad mayor hacia la justicia. Y todo esto se puede hacer sin caer en sospecha.

Más que ir cogiendo parroquias para así paliar la falta de clero y retrasar la toma de decisiones de la iglesia universal sobre el ministerio, deberíamos abrir campos nuevos y misioneros vg. en el mundo juvenil, obrero, intelectual, tercer mundo...

Más que ir manteniendo sin energía ni imaginación las instituciones que corresponden a otro modelo de iglesia y de sociedad, actuar de fermento en las instituciones civiles ya existentes y en todo caso crear o mantener las verdaderamente necesarias (vg. drogadictos, catequesis, tercera edad, emigrantes, subnormales etc.).

Más que continuar formando sacerdotes en instituciones que en el fondo son del pasado, intensificar la formación teológica de los laicos de los que nacerá una iglesia nueva y unos nuevos ministerios.

Evidentemente todo esto tiene consecuencias de cara a la formación de los futuros sacerdotes de la SI. Para no alargarme, diría que entre otras la formación debería tener estas tres notas:

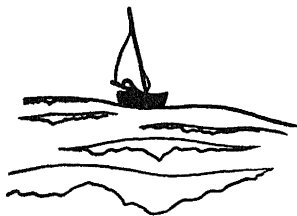
1.- Formación pluralista y diferenciada, no sólo según países, regiones, sino también según los carismas personales y las exigencias de la misión. No se puede formar igualmente a un cura obrero que a un futuro profesor de la universidad, etc. Pero este pluralismo no puede ser contradictorio.

2.- Formación en contacto con comunidades y centros de estudios que estén en la línea de la nueva orientación y no en comunidades y centros de estudios que reproduzcan acriticamente los esquemas del pasado. No se puede preparar el futuro con instrumentos del pasado.

3.- Desde los pobres, desde los oprimidos, desde los sectores de injusticia sufrida, desde el pueblo marginado, desde los países del tercer mundo, como lugar teológico y espiritual específico capaz de hacer suscitarse y articular una experiencia y una reflexión profética para el nuevo mundo, secundum constitutiones SI. Esto me parece que es algo previo y una condición objetiva necesaria.

Desengañémonos, el futuro de la SI depende en gran parte de las orientaciones que se vayan tomando en la formación y de la orientación que se dé a los nuevos candidatos. Los ya formados no pueden cambiar fácilmente: han de ser las nuevas

generaciones las que impriman a la SI un ritmo nuevo de acuerdo con el carisma de Ignacio y la opción por la fe y la justicia. Lo que se nos pide es sólo lucidez y clarividencia para no extinguir el Espíritu.



Así en el curso de su historia, la Compañía de Jesús, en todas las partes del mundo donde se combatía por Cristo y por su Iglesia, ha estado presente con sus mejores hijos, ardientes de celo, armados de virtud, equipados de doctrina, fieles a las orientaciones de su jefe, del Vicario de Cristo, el Romano Pontífice.

Esta es la Compañía de Jesús que la historia pone ante nuestros ojos; la Compañía de Jesús que los enemigos de Cristo han perseguido hasta conseguir su supresión, pero que la Iglesia ha hecho resurgir, sintiendo la necesidad de hijos tan valerosos y fieles, en quienes los Papas han puesto su confianza en el pasado, y en quienes el Papa quiere poner también su confianza para el futuro.

(Juan Pablo II a los Provinciales, 27.2.82)